DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MARÍA FABIÉ

EL DÍA 24 DE MAYO DE 1891

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, 5
1891

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MARÍA FABIÉ

EL DÍA 24 DE MAYO DE 1891

BIBLIOTECA DE LA HISTORIA

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, 5
1891

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MARÍA FABIÉ

Señores:

No en cumplimiento de un deber, ni por seguir una costumbre, jamás interrumpida, sino satisfaciendo un irresistible impulso de mi alma y con la efusión más calurosa, doy gracias á esta ilustre Academia por la honra señaladísima que se ha servido hacerme, eligiéndome individuo suyo con circunstancias que avaloran tan insigne favor. Considero esta resolución de los que serán desde hoy mis compañeros, y seguirán siendo mis maestros, más que premio debido á una vida ya larga consagrada al cultivo de las letras, un consuelo que se me otorga tras grandísimos é ineficaces afanes para merecerlo, consuelo tanto mayor, cuanto que consiste en la satisfacción del deseo más vehemente y asiduo de mi voluntad, porque, he de decirlo aunque parezca desusado y pueril, desde que empecé mis estudios en mi *alma mater* la Universidad de Sevilla, desde que, bajo la dirección del inolvidable Lista, se despertó en mi espíritu el entusiasmo por las obras inmortales de nuestra literatura; por nuestros romances, por nuestras comedias, por el libro incomparable del héroe de Argel y de Lepanto, dirigía mis

miradas á este sagrado templo, erigido al culto de las musas castellanas, como las dirige hacia el lejano puerto el navegante, al emprender largo y aventurado viaje; y ya andada alguna distancia repetía, aplicándolos á mis aspiraciones, y conociendo la dificultad de realizarlas, los versos con que termina la primera Oda de Horatio:

Quod si me Lyricis vatibus inseres,
Sublimi feriam sidera vertice.

Ya que no me era dado emular las glorias de los que, sintiendo en su espíritu las inspiraciones del sacro numen que engendra las obras inmortales de la poesía, expresando en formas diversas mediante la facultad que es signo característico de nuestra naturaleza racional, los conceptos altísimos de la mente y las creaciones que continúan en la tierra la obra del Supremo Hacedor; ya que me fueron negadas las dotes que constituyen al lírico, al dramaturgo, al novelista, entre otras obras más asequibles á mis modestas facultades, ha dado constante materia á mis trabajos el estudio de la filología y más especialmente el de nuestra hermosa lengua castellana, hija privilegiada de la que hablaron aquellos á quienes se dirigía Virgilio diciendo:

Tu regere imperio populos romane memento.

porque de ese modo podía en algo ayudar al fin que señala la empresa del escudo de esta Real Academia.

Sin duda, á esta más que á ninguna otra causa debo haber logrado mi deseo y gozar la dulce satisfacción que

en estos instantes siento, y que es la mayor que jamás he experimentado entre las escasas que ha tenido para mí la vida política y literaria.

Entibia este placer la circunstancia de suceder, aunque nunca de sustituir, á una persona que ha dejado entre vosotros tan grato recuerdo y con quien me unían antiguos y estrechos vínculos de cordialísima amistad; por cierto que no sólo heredo la silla que ilustró en esta Real Academia, sino la que tan digna como brevemente ocupó en el más elevado consejo de la Corona; mas, por desgracia, no me ha legado ni su claro entendimiento, ni sus dotes de poeta, ni su gloria de autor dramático, y sólo ansío igualarle en la integérrima probidad, en la inalterable constancia de sus opiniones y en su acendrado patriotismo, porque de todas estas virtudes fué dechado el Sr. Rodríguez Rubí, cuyas obras literarias serán objeto principal de este breve y desaliñado discurso.

Es el arte la primera manifestación del espíritu, porque la humanidad, que es su primer momento, vive en la naturaleza y está regida por las leyes del orden físico, aunque no sujeta á ellas de la manera fatal y absoluta en que lo están los demás séres que la constituyen. La palabra, que no es, como pretenden algunas escuelas, resultado exclusivo de la evolución del gesto y del sonido orgánico, porque estos son elementos subordinados y puramente materiales de ella, es esencialmente arte, pues su esencia consiste en ser manifestación sensible de la idea, que es lo que constituye la belleza en la significación más lata de este concepto.

A tal circunstancia se debe que sean espontáneas y que antecedan á todas las demás obras del alma las creaciones artísticas; no ha sido necesario que los estudios lla-

mados prehistóricos demuestren que, cuando empezó el hombre á labrar los primeros instrumentos para su defensa, procuró darles formas bellas, y apenas andados los primeros pasos en el largo camino de la civilización, procuró adornarlos con figuras geométricas ó con imágenes de diverso género; no era menester que entre los más antiguos vestigios de nuestra especie se encontraran preseas y alhajas; basta considerar, como va dicho, que lo que ante todo constituye el carácter distintivo del hombre, lo que determina, ya por evolución, ya por creación directa, la especie humana, es sin duda el pensamiento, y, por tanto, su expresión y forma.

La determinación de los diversos modos de actividad del espíritu, es la verdadera esencia de la civilización, y, de las anteriores consideracions, fácilmente se deduce que en el orden intelectual antecedió á todas, y aun puede decirse que las comprendió, la actividad artística. Por esto es cosa reconocida y afirmada sin controversia, que toda civilización ha empezado por las creaciones artísticas, y entre ellas, la más antigua y sin duda la más noble y elevada, es la poesía.

A un período de espontaneidad, siguió en todas las esferas del arte otro de reflexión y de crítica que caracteriza el primer impulso de la civilización, al aparecer en la humanidad la conciencia de sí, en todas las manifestaciones de su actividad, dirigiéndola en determinado sentido hacia el cumplimiento de sus fines. Desde entonces, se puede asegurar que aparecen más ó menos esplícitamente formulados juicios y opiniones sobre las obras humanas, y entre ellas, sobre las obras artísticas, especialmente sobre la poesía. Así es, que aun en aquellos estados sociales en que apenas existen rudimentos de

organización, sin que aún se conozca la escritura, suele proclamar y reconocer cada agrupación humana á uno ó varios de sus individuos, como encargados de conservar en sus cantares las tradiciones y las glorias de la tribu, por juzgarlos dotados de las calidades propias para este noble objeto.

Como en todos los asuntos sometidos á la apreciación y juicio de los hombres, en materia de arte estos son varios y aun opuestos, naciendo de aquí la diversidad de géneros y de escuelas. El monumento más antiguo y al propio tiempo más venerable de la historia humana, da testimonio de estos hechos; aludo á los libros Sagrados del Viejo Testamento y á las sublimes poesías, obra de los profetas; otro tanto sucede con los poemas históricos que nos han conservado los papiros egipcios, y, sea cual fuere la antigüedad de la civilización india, eso mismo revelan sus epopeyas y sus dramas.

Pero donde se notan con mayor claridad tales hechos, porque pertenecen á uno de los períodos más fecundos de la civilización, es en el admirable florecimiento del pueblo griego, y concretándonos, porque así lo exige la materia principal de este discurso, al arte dramático, vemos allí que antes que el filósofo de Stagira dedujera del estudio de las obras los cánones eternos de este poema, el rey de la Comedia, el famoso Aristophanes, juzga á los grandes trágicos de su tiempo, criticando acerbamente á Eurípides y exaltando con el mayor entusiasmo á Eschilo, padre de la tragedia griega.

Notable es por cierto, y digno de particular consideración, que las censuras dirigidas por el autor de las *Nubes*, por el enemigo de los demagogos, á Eurípides, tienen analogías esenciales con las que han dirigido siempre á los

innovadores los partidarios y defensores de las antiguas y venerandas tradiciones, de tal manera, que podemos considerar como un romántico á Eurípides, no obstante ser el inspirador de los clásicos franceses del siglo XVII, y por tipo de los clásicos de todos los tiempos al venerable autor del Prometeo, al religioso Schilo.

Sería largo, y fuera de propósito, recordar la historia de las sectas en que se ha dividido, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, la república de las letras, á las que se debe en todas partes su actividad y sus progresos; ni siquiera he de recordar las que en diferentes épocas han existido en nuestra pátria, diciendo sólo que se manifestaron con mayor vida que antes al principiar con el siglo XVI lo que llaman con exactitud los italianos el segundo Renacimiento, si bien entonces hicieron el papel de innovadores con Boscan y Garcilasso los que introdujeron las tendencias clásicas contra las espontáneas y genuinas de la poesía nacional.

Sucedió enteramente lo contrario tres siglos después, en tiempos inmediatos al nuestro, como todos sabéis, y á este período es al que más de propósito he de referirme. Apenas quedan ya entre nosotros actores, ni aun siquiera testigos de aquel movimiento social, político y literario que caracterizó el principio del reinado de Doña Isabel II, sobre el que va siendo tiempo de que pronuncie su juicio imparcial la historia. No sería oportuno que yo repitiese ahora lo que, respecto á ese agitado y brillante período, han escrito, entre otros, Mesonero Romanos, y por encargo de esta Academia su ilustre individuo el Sr. Marqués de Molins en el interesante libro consagrado á su secretario perpetuo, príncipe de los autores cómicos del presente siglo, D. Manuel Bretón

de los Herreros; sólo me cumple recordar que uno de los que tomaron parte activísima en aquel renacimiento literario, aunque no de los primeros en el tiempo, fué el señor Rodríguez Rubí, quien, según el más antiguo de sus biógrafos, combatió con tenacísima voluntad las dificultades de la rima, consiguiendo al fin revestir sus pensamientos con las galas del lenguaje poético, y logrando, después de un primer intento infructuoso, ser admitido, por su oda titulada *El Águila,* socio del Liceo, que por aquel tiempo fué el foco de donde irradiaba la vida artística y literaria de nuestra patria, y por tanto la influencia de las nuevas opiniones.

Las primeras poesías de Rubí estaban inspiradas en las ideas y sentimientos, y revestían las formas que caracterizaron el romanticismo. Desde principio del siglo anterior obedeció nuestra literatura al influjo de la francesa, y todos los poetas castellanos que forman el ciclo romántico moderno, fueron admiradores y se estimaron discípulos de Víctor Hugo y de Alejandro Dumas (quizá sólo Espronceda debió su inspiración á Byron), como sus predecesores lo fueron de Molière y de Racine, teniendo más que por código, por evangelio de sus creencias literarias, la epístola á los Pisones interpretada por Boileau en el sentido más estricto y exagerado; alterando las exactas generalizaciones de la poética de Aristóteles, creador, además de otras, de la especialidad científica que tiene por objeto y categoría superior la *belleza.*

El movimiento romántico moderno fué una reacción producida en Alemania contra la preponderancia del gusto francés, iniciada por Lessing y secundada por Herder, que en el terreno del arte produjo genios tan pode-

rosos como Schiller y Goëthe, y en el de las teorías críticas escritores como los dos Schleghel, predecesores de la estética de Hegel y de sus admirables estudios sobre las artes especiales. Aquella fecunda actividad que se extendió á todas las esferas de la vida, es el origen de la actual grandeza del pueblo alemán que aspira á la supremacía entre todos los que constituyen y forman lo que ahora llamamos la civilización moderna. Nuestros vecinos del otro lado del Pirineo, que suelen convertir su patriotismo en supremo desdén hacia las demás naciones, no se sustrajeron, sin embargo, á la influencia teutónica. Madame de Staël dió á conocer en Francia, aunque imperfectamente lo que pasaba en Alemania; con espíritu hostil á las monstruosas concepciones imperiales; y, en el orden más elevado de la especulación metafísica, si Roger-Collard tuvo por maestros á Tomás Ryd y los demás filósofos de la escuela Escocesa, Cousin, restaurador del espiritualismo francés, se inspiró en los sistemas de Kant, Fichte, Schelling y Hegel, aunque procurando dar carácter personal y propio á las doctrinas que expuso con más elocuencia que profundidad, en las obras que fueron guía de las generaciones que nos han precedido así en Francia como en España.

Madame Staël no se limitó á referir someramente lo que en el orden intelectual ocurría en Alemania, sino que movida por sus aficiones literarias, asistió á las lecciones que dió en Viena sobre el arte y la literatura dramática A. W. Schlegel, y cuando éste las publicó, hizo que las tradujese al francés, bajo la dirección y vigilancia del mismo autor Madame Neker de Saussure.

Aunque las doctrinas expuestas por el insigne crítico produjeron al pronto enérgica contradicción y hasta es-

cándalo en la nación vecina, donde la república y el imperio habían dado calor extraordinario al gusto clásico, la restauración no podía menos de favorecer las tendencias caballerescas, el amor ideal, el honor y el espíritu cristiano que constituyen la esencia del romanticismo; y es de notar que el poeta que cantó la consagración del Rey legítimo en Reims, fué el autor de *Hernani* y de *Lucrecia Borgia*.

El romanticismo tenía en España antecedentes gloriosos y raíces profundísimas, los dos ídolos de Schlegel, los dos genios que dieron con sus obras materia á las teorías del famoso crítico, fueron: Shakespeare y Calderón, objetos ambos de su admiración y de su entusiasmo. No se puede afirmar, sin embargo, que las nuevas ideas estéticas se comunicaran directamente desde Alemania á nuestra patria, pues no obstante la larga residencia que á principio del siglo hicieron en la nación vecina literatos, críticos y poetas españoles tan insignes como Moratín, Reinoso, Silvela y Lista, ningún rastro de ellas se encuentra en sus escritos; clásicos convencidos é impenitentes, fueron todos ellos muriendo como habían vivido en la religión de Horacio y de Boileau, más apreciados por ellos que el mismo Aristóteles.

Sin embargo, el insigne Lista, á pesar de su dogmatismo clásico, fué quizá el primero que, después del completo dominio que el gusto francés adquirió en España bajo la dinastía de Borbón, sintió y dió á conocer las bellezas de nuestro teatro, en las lecciones que profesó en el Ateneo de esta Corte, á poco de su fundación, y en varios periódicos, donde publicó numerosos artículos, coleccionados luego con el título de *Ensayos literarios y críticos*.

Al mismo tiempo, D. Agustín Durán llamaba la aten-

ción del público, que se califica de ilustrado, hacia nuestros romances y canciones que nunca perdieron el amor del vulgo, á quien siempre deleitan las hazañas del Cid y los amores de Gerineldos. A estas circunstancias se debe que fuese tan lozano y vigoroso aquel renacimiento literario, pues encontraba preparado el terreno de nuestra patria, donde desde luego se manifestó en obras tan admirables como el *D. Álvaro* y el *Trovador*, que para la generación á que pertenezco son figuras que viven en nuestra imaginación, con vida más poderosa y real que la de los héroes y personajes famosos de los pasados y del presente siglo.

La poesía y el arte populares apenas se habían eclipsado en España, no obstante el predominio clásico; brillan las cualidades del genio nacional en los romances que todavía alimentan la curiosidad imaginativa del pueblo; la vena de los cantares no se ha agotado nunca, y si no en todas, en muchas provincias de España la musa anónima los produce cada día tan expresivos, tan profundos, tan poéticos como en sus mejores épocas. El teatro, que por sus condiciones especiales no puede nunca, si ha de corresponder á su peculiar naturaleza, romper sus vínculos con la vida popular, conservó siempre entre nosotros la esencia de nuestro arte nacional y espontáneo; las tragedias clásicas, frías imitaciones de las francesas, jamás fueron del gusto del público, que prefería las obras genuinamente españolas, aunque infringieran atrozmente los preceptos clásicos y fueran tan monstruosas y ridículas como las supuestas de D. Eleuterio Crispin de Andorra; el impugnador de aquellos delirios no debió, por cierto, sus mayores triunfos en la escena á las imitaciones de Molière, sino á la exposición de los vicios

y virtudes de la sociedad española de su tiempo, hecha magistralmente en el *Sí de las niñas* y en *El viejo y la niña*, que viven y vivirán al lado de las obras que forman nuestro rico y admirable teatro.

Mayor importancia que éstas, tienen, porque penetran todavía más en la vida de nuestro pueblo y conservan más fielmente nuestras tradiciones artísticas, otras obrillas ligeras destinadas también á la escena; hablo de los sainetes, que son la continuación de las farsas y entremeses que desde la aurora de nuestra peculiar literatura han hecho las delicias de los españoles.

El Sr. Rubí es en el ciclo romántico uno de los que más contribuyeron á incorporar nuestro espíritu nacional en la nueva tendencia; si en sus primeras poesías líricas obedeció al común impulso, muy pronto introdujo como elementos esenciales en ellas, las costumbres, los recuerdos y los sentimientos propios de la región de Andalucía, donde nació y pasó su infancia, y al primer volumen que publicó le dió el nombre propio y característico de *Poesías Andaluzas*.

Ya antes que él había presentado en castiza y arcaica prosa las *Escenas andaluzas* el Solitario, que debió á ellas la popularidad que no logró alcanzar con sus poesías clásicas. Ni Rubí, ni Estébanez Calderón pueden competir, á mi juicio, como iniciadores ó inventores de este género, que decayó luego de una manera lamentable y que ha producido en nuestras costumbres lo que ya se llama ordinariamente el *flamenquismo*, exageración funesta de algunas peculiaridades, no las más plausibles de nuestro espíritu nacional. Ambos autores tienen por inmediatos predecesores, para no hablar de otros más remotos, á D. Ramón de la Cruz y á D. Juan del Castillo,

autores de los más célebres sainetes en que pinta el primero los manolos de la Corte, y el segundo los majos y los matones de Cádiz, con tan gallardo y ligero pincel como el de Goya, último y maravilloso representante de la pintura española.

La coincidencia en el tiempo y la comunidad de espíritu de estos tres artistas que aparecieron como florecimiento espontáneo de nuestra íntima y propia esencia nacional en medio de la universal, aunque aparente dominación del gusto francés, y antes de que se manifestase en Europa la reacción romántica es fenómeno digno de estudio, como lo es también que D. Ramón de la Cruz y D. Juan del Castillo, especialmente el último, que murió de poco más de treinta años en el último del siglo anterior, fuesen alumnos del clasicismo y que en sus poesías líricas y en sus tragedias y comedias, que nadie lee y pocos conocen, obedecieran á las más estrictas reglas de los preceptistas. Pero de todas suertes, nada tenían que ver con ellas *El Maestro de la Tuna,* ni las tres partes del *Soldado Fanfarrón*, ni los demás sainetes de Castillo que, si no sirvieron de modelo, son los antecedentes que explican las obras andaluzas de Rubí y del Solitario.

Por las circunstancias expuestas y por otras no menos eficaces, la lucha entre clásicos y románticos fué en España muy poco ardorosa, mezclándose y confundiéndose los partidarios de ambas escuelas en las sociedades literarias que se fundaron después de la muerte de Fernando VII, tales como el Liceo y el Ateneo de esta Corte, publicando sus obras, clásicos y románticos indistintamente en las *Cartas Españolas* y en *El Artista*, y lo que es más notable, habiendo quienes como Martínez de la Rosa escribieran el *Edipo* y la *Conspiración de Venecia,* como Esté-

banez Calderón sonetos clásicos y escenas andaluzas, y como García Gutiérrez poesías, que pudiera haber firmado Rioja, antes y después del *Trovador* y de *Venganza Catalana*.

Rubí, llegado al palenque literario cuando había disminuído el ardor del combate, que apenas pasó nunca de ligera escaramuza, puede clasificarse aún con más dificultad que sus inmediatos predecesores y contemporáneos entre los partidarios de una ú otra escuela: en su apogeo literario reinaba el precepto del buen sentido enunciado á otro, aunque análogo propósito en aquel conocido alejandrino:

Tous les genres sont bons hors le genre enuyeux,

pues como dijo Lista, hablando de clásicos y románticos, "no hay sino obras buenas ó malas en materia de ingenio y letras." Con este criterio habrá que juzgar las que Rubí escribió para el teatro, las cuales pertenecen á todos los géneros menos á la tragedia clásica y se comprenden en extremos tan distantes como los que señalan *La feria de Mairena* é *Isabel la Católica*. Precedieron, como ya se ha dicho, á las obras dramáticas las poesías líricas dadas á la estampa en 1839, que merecieron unánimes elogios y que todavía consideran los críticos como las producciones más perfectas y más literarias del autor, aunque no como acabados modelos de lenguaje. Pero si bien siento inclinación invencible á los escritores que consagran especial atención y estudio á nuestra hermosa lengua, si por ello no censuro á los arcaistas y me deleito, no sólo en la lectura de los que llamaré, aunque impropiamente, nuestros *primitivos:* Alfonso de Palencia,

Villalobos y los Valdeses, sino con sus imitadores contemporáneos Estébanez y Gallardo, no por eso dejo de conocer que en materia de arte, y aun meramente en cuanto al estilo, son condiciones substanciales y de superior mérito otras más difíciles de alcanzar y que, no como puristas, sino como genios creadores en el fondo y en la forma, ocupan los primeros lugares en nuestra literatura Cervantes y Lope de Vega, que nunca fueron esclavos de la gramática ni siervos de la palabra, sino señores de ellas que las sojuzgaron á sus ideas, convirtiéndolas en dóciles instrumentos de su inteligencia y fantasía.

Ya en las poesías líricas se muestra Rubí con carácter especial y diverso del que solían tener los románticos puros, domina en ellas lo que calificaré de espíritu objetivo; son hijas más que de los sentimientos internos del alma de la impresión en ella producida por la naturaleza; no revelan los tormentos de la duda ni las angustias tenebrosas que acongojaban á Werter y á Child Harold, sino que ostentan las risueñas imágenes de la vida, análogas á las que inspiraron bajo el puro cielo del Atica y de Italia, á los orillas del Mediterráneo á Anacreonte y á Virgilio, aunque no sean los personajes que en ellas figuren Silenos ni Titiros, sino la gente vulgar que habita en las pintorescas comarcas andaluzas.

Tanto como en las líricas son distintas de las románticas las ideas que dominan en las obras dramáticas de Rubí; la primera de ellas en el tiempo fué la titulada *Del mal el menos*, estrenada con éxito lisonjero en el teatro del Príncipe bajo la dirección de D. Julián Romea, que evitó á Rubí todas las dificultades con que luchan los noveles autores dramáticos, y que estuvieron á punto de dejar en la obscuridad pocos años antes la obra más

característica del romanticismo español el *Trovador*, según oí contar en más de una ocasión á García Gutiérrez. Desde entonces se estableció entre el autor dramático y el insigne actor una amistad que duró toda la vida y de que dió aquél público testimonio en la carta dedicatoria de la comedia *El arte de hacer fortuna*, representada en el invierno del año de 1845.

En aquella fecha *el cuarto de Julián*, como decían familiarmente los que á él concurrían, era un centro literario frecuentado por los literatos más insignes y aún por algunos meros aficionados á las letras, pero muy influyentes, por lo cual tuvieron en aquel reducido lugar, que se ampliaba, aunque no mucho, con el mezquino y pobre del café del Príncipe, su origen y antecedentes, graves y trascendentales sucesos no limitados á la esfera del arte. En el dramático siguió Rubí al principio de su carrera la que con tanta gloria recorría Bretón de los Herreros, debiendo sus primeros triunfos á lo que llamaré *comedias burguesas*, ya que á otro propósito ha entrado en el uso corriente esta palabra.

Sin arriesgar comparaciones, siempre peligrosas, creo que se puede afirmar que ambos autores, Rubí y Bretón, si bien con calidades muy diferentes de ingenio y estilo, siguieron la misma senda y tuvieron análogas vicisitudes en su carrera dramática. Rubí, sin embargo, aunque intentó como Bretón cultivar el drama histórico, no persistió mucho en este propósito, y sin duda bajo la influencia de Scribe que competía con los escritores españoles para surtir nuestra escena, se dedicó más especialmente á la comedia de costumbres cortesanas y políticas, no pudiendo yo asegurar si desde entonces tuvo ya aspiraciones á lo que algunos han llamado comedia filosófica que

hoy cultiva Dumas hijo en la nación vecina, llamando á sus obras los críticos franceses comedias ó *dramas de tesis*. Lo que puedo afirmar es, que Rubí hizo pública ostentación de sus opiniones en la materia, al tomar posesión de su plaza de Académico, opiniones que se resumen en el conocido apotegma *Canendo et ridendo corrigo mores*, pero en tal sentido, que según el autor, el objeto del teatro, que califica de institución, debe consistir en dar lecciones prácticas de moral: error evidente, porque es indudable que el arte tiene su fin particular y propio, que no es ni la verdad, ni el bien, sino la belleza; por más de que entre estas tres categorías ó ideas generales exista estrecha relación, y que así en la realidad como en la ciencia, la idea concreta abarque y comprenda todas estas manifestaciones.

No es ocasión de discutir las diversas teorías estéticas ni aun las especiales sobre el teatro, en este momento en que sus mantenedores libran entre sí reñida batalla en el terreno de la crítica y en el de la escena, y no ya entre clásicos y románticos, porque estas manifestaciones del arte pertenecen al pasado, aunque ejercen en el presente una influencia superior á lo que tal vez creen los que andan mezclados en el combate, sino entre los que en revuelta confusión se agitan, unos poniendo el fin del arte en la mera reproducción de la realidad de la vida y de la naturaleza, precisamente en lo que tienen de menos bello, mientras otros, como los grandes artistas y críticos de todos los tiempos, creen que debe hacerse una elección entre lo que la naturaleza ofrece, conforme á cierta idea que existe en la mente, habiendo quienes reducen el arte á la mera forma, como sostienen los parnasianos y decadentes.

No sé yo si de esta lucha y confusión resultará un nuevo arte dramático, ó mejor dicho, una nueva tendencia, que por algún tiempo dé pasto á las necesidades estéticas del público; pero lo que se puede afirmar es, que el drama futuro obedecerá á las leyes eternas á que obedecieron todas las grandes obras de este género, desde *Prometeo* hasta *Hamlet* y *La Vida es sueño,* desde *Las Avispas* y *Las Nubes*, hasta *Las alegres comadres* y *Marta la piadosa*, para no citar ni las obras de pura imitación del teatro neoclásico, ni las contemporáneas. A mi parecer, las futuras producciones dramáticas, si son verdaderas obras de arte, serán creaciones del ingenio, para las que servirán de materiales elementos suministrados por la naturaleza, y, principalmente, por la vida humana en lo que en ella hay de más elevado, que es al propio tiempo lo más real, permanente *y* duradero. Lo son, sobre todo, los sentimientos y las pasiones que ellos engendran, y si los que nacen de la mera animalidad pueden dar y dan materia á obras artísticas, siempre serán estas inferiores á las que se producen á impulso de las nobles calidades y aspiraciones del espíritu.

Procuró Rubí alcanzar el lauro de autor dramático en el género, sin duda más alto y difícil después de haber cultivado otros que requieren menos alientos; y poseyendo ya todos los recursos que constituyen lo que puede llamarse la técnica del teatro, abordó el drama en que la pasión amorosa, fuente inagotable y fecunda del arte, es la materia exclusiva y el objeto final del artista. Digno es de notarse, que mientras el juicio de la crítica, confirmado por el público, no reconoce mérito superior á otras obras del autor á su drama *Borrascas del corazón,* Rubí en su dedicatoria al Vizconde de Armería, dice:

"Ignoro la acogida que dispensará el público á este „drama cuando aparezca ante su inapelable tribunal; yo „acataré sin murmurar su fallo; pero adverso ó favora„ble, *esta obra será para mí la más querida de cuantas „se elaboraron por mi pobre ingenio.*„

No explica esta predilección el amor que los padres suelen tener á sus hijos más desgraciados, pues no lo fué esta obra, que realzada por las grandes facultades de Matilde Díez, alcanzó extraordinario éxito; tal vez podrá algún contemporáneo dar la clave de este enigma, recordando que agitaban el corazón del autor borrascas como las que en su obra se desencadenan.

La pasmosa fecundidad de Rubí y sus aptitudes para el teatro fueron causa de que abordase siempre con éxito todos los géneros, según ya hemos dicho; así es, que no sólo escribió durante el largo período de su actividad literaria, comedias de costumbres, en que retrató las de casi todas las clases sociales; imitaciones del teatro antiguo y dramas en que las pasiones más violentas tienen su natural desarrollo, sino que también hizo obras en que dominó el carácter histórico, habiendo sido, si no la mejor, la más discutida, porque se creyó ver en ella alusiones directas á los hechos más notables del reinado de Isabel II, la que tiene por personaje principal á Isabel la Católica, figura más á propósito para la epopeya que para el drama, si las extraordinarias condiciones de la que es la mayor gloria de España, pudieran tener más cuadro que las inmortales páginas de la Historia, que no la colocará en puesto inferior al que en ella ocupan Alejandro y César.

No como propiamente histórico, si no más bien como anecdótico debe considerarse otro género dramático en

que también ejercitó Rubí su pluma; me refiero á las comedias en que son protagonistas Alberoni y Ensenada, pues en ellas la anécdota y la fantasía tienen mayor parte que la historia, y más particularmente al *Fénix de los Ingenios*, cuya interesante biografía, debida á la pluma del modesto cuanto erudito D. Cayetano Alberto de la Barrera, ha publicado como introducción de las obras del verdadero creador de nuestro teatro esta Real Academia. Ya otros habían intentado sacar á la escena poetas insignes, y poco antes que Rubí lo había hecho con singular ingenio y éxito extraordinario, mi inolvidable amigo D. Eulogio Florentino Sanz, antes desconocido, que con aquella obra alcanzó lugar eminente entre los poetas contemporáneos, siendo muy dignas de que se salven del olvido sus poesías líricas y las de otro género que salieron de su elegante pluma.

Dije antes que la reunión literaria del cuarto de Romea coexistía con la que de muy antiguo se celebraba sin pompa ni aparato en el reducido salón del café del Príncipe; no es posible fijar la época en que empezaron á concurrir á aquel sitio las gentes de letras, pero no es aventurado creer que desde los primitivos tiempos del Corral de la Pacheca, los días de función y especialmente los de estreno, andarían por aquellos alrededores los aficionados al arte que se refugiarían en lugar más cómodo tan pronto como lo hubo, cerca del teatro; pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el *Parnasillo*, como se llamaba el café del Príncipe, antecedió al Liceo y al Ateneo de esta Corte y fué quizá el vínculo que unió las antiguas academias á estos modernos institutos, sobreviviendo al primero de ellos; los que últimamente concurrimos á él vemos con pena que haya desaparecido,

porque allí se formaron amistades que jamás se olvidan, y porque algunos gozaron en aquel lugar el inenarrable placer de sus primeros triunfos. Las tradiciones literarias tuvieron allí un templo, y la tertulia del café del Príncipe se renovaba con los que, guiados por sus aficiones, iban formando la serie de nuestros poetas y literatos, á lo menos durante los dos primeros tercios del presente siglo. Rubí puede considerarse como lazo de unión entre los antiguos y los nuevos; sus éxitos en el teatro le hicieron hombrearse muy joven con Bretón, con García Gutiérrez y con Hartzenbusch, concurrentes asíduos al café del Príncipe, donde vió llegar y obtener puesto considerable, años después de ocupar el suyo, á Valladares, á Florentino Sanz y á Ayala, para no hablar sino de autores dramáticos que ya no viven. Pero juntamente con estos, otros que no han alcanzado en la escena tan alto renombre como los autores de *D. Francisco de Quevedo* y de *El tejado de vidrio*, formaban parte de aquel cenáculo y han ilustrado la poesía y las letras españolas con obras de distinto género, que contribuirán, digan lo que quieran algunos malhumorados críticos, á que en la historia literaria española alcance el siglo que termina un lugar muy superior á los que le han precedido y sólo comparable al XVII, que es en mi sentir, no obstante la decadencia de nuestro poderío, el momento en que llegó el arte español en todas sus manifestaciones á su más perfecta y admirable expresión, no sólo con la obra inmortal de Cervantes, sino con Velázquez y Murillo, con Lope de Vega y Calderón de la Barca.

A aquella exuberancia de vida—que para no incurrir en la nota de *laudator temporis acti* no diré que ha seguido, como suele acontecer, período de marasmo—se

debe que de los concurrentes á la tertulia del café del Príncipe salieran personajes que ocuparon, y que todavía ocupan, las primeras posiciones de nuestra patria, y sería por cierto interesante y curiosa una noticia de los oradores políticos, de los periodistas, de los ministros y altos funcionarios que empezaron su vida pública asistiendo á las reuniones del *Parnasillo* y haciendo en ellas gala de su ingenio.

Rubí no ha sido el único que, después de sus triunfos escénicos, y sin dejar de alcanzarlos, ocupó los más elevados puestos en la administración y en la política; el primero de importancia que desempeñó, tuvo un carácter mixto; me refiero al de comisario regio del teatro Español, institución creada con mejor intención que acierto por el Conde de San Luis, y que no debió seguir la suerte de aquel hombre público, porque es verdaderamente lamentable, por no decir vergonzoso, que una nación, que, sin que nos ciegue el amor patrio, puede decirse que ha creado el primer teatro del mundo después del Renacimiento, carezca de un templo consagrado á su culto y á mantener las tradiciones del complicado y difícil arte escénico, como lo hacen nuestros vecinos con menos motivo, pues en vano pretenden, existiendo las obras de Lope, de Alarcón, de Rojas, de Moreto y de Calderón de la Barca, la supremacía de la escena, aunque aleguen para disputárnosla á Corneille, á Racine y á su ídolo Molière, discípulos é imitadores, no siempre felices, de nuestros grandes é inmortales ingenios, á quienes ni el poderío de la nación ni la universalidad de la lengua serán necesarios para tener el primer lugar en la historia de la literatura europea.

Después de ese cargo y de haber luchado enérgica-

mente en favor de las opiniones conservadoras, que profesó siempre, durante el bienio de 1854 á 56, obtuvo Rubí una Dirección, y luego la Subsecretaría del Ministerio de la Gobernación del Reino, alcanzando también la investidura de Diputado y el cargo de Ministro de la Corona en los últimos meses del reinado de Doña Isabel II, á quien, siguiendo los impulsos de su noble carácter, acompañó en el destierro; no volviendo á figurar en la escena política hasta que se consumó la gloriosa restauración de la Monarquía.

Heredó ésta del agitado período revolucionario no sólo las guerras que destrozaban la Península, sino la todavía más terrible que asoló por varios años los hermosos campos de Cuba, y el Sr. Rubí, á pesar de la elevada posición que había ocupado, no vaciló en ir á nuestra hermosa Antilla, si no para luchar con las armas por la integridad de la Patria, para contribuir á este fin con el carácter de Comisario regio, empezando á poner algún orden en la desquiciada Administración y en la Hacienda de la Isla; ocupó luego una Vicepresidencia del Consejo de Estado, y por premio de tantos y tan dilatados servicios, obtuvo el Sr. Rubí un puesto vitalicio en el Senado, de donde le ha arrancado la muerte. El concierto unánime de elogios que tributaron á su memoria los periódicos, órganos en aquella, más que en otras ocasiones, de la opinión y de los sentimientos del público, fué tributo debido á los méritos del poeta y á las virtudes del ciudadano, pues del Sr. Rubí puede decirse que, así en las esferas del Arte, como en las de la Administración y la Política, deja en su vida un ejemplo que imitar á las generaciones presentes y futuras, por lo que la Patria le contará siempre entre sus hijos insignes y predilectos.

DISCURSO

DE

D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

EN CONTESTACIÓN AL PRECEDENTE

Señores:

Ya lo habéis oído: D. Antonio María Fabié no se considera con títulos bastantes para pertenecer á nuestra Corporación. Si fuéramos á hacer caso de sus palabras, se creería que había llegado hasta nosotros por razones de amistad ó por razones de posición pública; pero ni lo uno ni lo otro: la amistad del Sr. Fabié con la Academia es como la de varios ilustres escritores que, aun mereciéndola, no tienen silla propia en este estrado; y por lo que hace á su posición pública, se necesita ignorar lo que entre nosotros acontece, para presumir que influya la jerarquía en el voto de nuestras vacantes. La Academia Española es la institución de costumbres más democráticas que quizá existe en España. Estos próceres que aquí veis, Jefe del Estado alguno, del Gobierno otro, de la Cámara aquél, Principe de la milicia éste, Ministros y Consejeros casi todos, son, desde que transponen ese umbral, colegas cariñosos y atentos colaboradores del humilde profesor, del simple gramático, del modesto lingüista, del que no es ninguna otra cosa en el mundo. A la puerta de la calle de Valverde se deja el Toisón de Oro para colgarse la sencilla medalla de Académico.

Habríais de vernos los jueves por la noche en este propio salón, convertido en gabinete de estudio, rodeados de libros pertenecientes á la ciencia filológica, de diccionarios de todas las lenguas, de gramáticas de todos los idiomas, de vocabularios de todos los ramos del saber, contribuyendo unánimemente á la obra común de purificar el habla castellana y armonizar sus progresos con los del espíritu humano que, al introducir innovaciones en la expresión de nuevas ideas, necesita proceder con cordura en su exámen y uso.

Los hombres públicos que durante el día han controvertido en la prensa ó en el Parlamento temas diferentes y tratádose quizá como implacables adversarios sobre asuntos de política ó de administración, deponen aquí sus instintos de lucha y sus rencores de escuela, para discutir en el sereno campo de la amistad privada cuestiones de lenguaje á que cada cual aporta el fruto de su saber, las galas de su ingenio ó la suma de experiencia adquirida en el constante trato de autores y de libros. Es de admirar que esos hombres á quienes aludo, cansados por las fatigas del gobierno, abrumados por las responsabilidades de la vida pública, no excusen su asistencia á nuestras sesiones, donde se ponen al servicio de sus compañeros para evacuar consultas ó emitir dictámenes, hojeando infolios como el que, exento de toda otra preocupación, se consagrara exclusivamente al cultivo de las letras.

Sí, señores: en los actuales tiempos de publicidad, no es de extrañarse que yo aluda hoy á la vida interna de nuestro instituto, velada para el común de las gentes y mal comprendida por cierto número de personas. Aquí venimos uno y otro día á proseguir la obra de depura-

ción en nuestra hermosa lengua, que comenzaron las autoridades filológicas del pasado siglo y han de continuar con benedictina constancia los que nos sucedan en estos sillones, cada uno de los cuales tiene ya honroso abolengo y gloriosa historia. No nos encerramos, como muchos creen, en el exclusivismo de nuestra suficiencia, sino que, por el contrario, extendemos nuestra solicitud de ayuda á cuantos quieren prestárnosla con sus observaciones, con sus consejos, hasta con sus censuras; y más de una vez ocurre que la Academia enmiende ó borre sus propias ideas ante la razón que le comunica un desconocido. Lo que no puede la Academia es admitir sin maduro examen cuanto se le dice con mejor voluntad, sin duda, que condiciones de acierto; pues como en toda cuestión hay fases diversas, si se la mira por una sola que al parecer convence, deja descubierta otra contra la cual se cometería delito de abandono. Hay, pues, que atender, pero no que acatar, la crítica por docta que parezca, é imitando el mote de ciertos escudos nobiliarios, decir: la Academia se dobla, pero no se rompe.

Sobre todo, señores, en nosotros existe la obligación de no perder de vista á los que nos precedieron en el buen uso del lenguaje. Si aspiramos á que la juventud contemporánea escriba como Melo, como Solís ó como Fajardo, pues como Cervantes sería mucho desear, es necesario seguir las huellas de esos y otros tan insignes hablistas, no para copiarlos negándose al progreso de la lingüística, sino para empaparse en su estilo, en su sintaxis y prosodia, en el valor que dieron á las palabras ó en la propiedad que creyeron justo conceder á éstas. Las autoridades en materia de lengua son la lengua misma, y por eso nosotros, para desvanecer muchos

errores y asentar muy saludables enseñanzas, preparamos una nueva edición del *Diccionario de Autoridades*, de ese monumento que nuestros predecesores levantaron al habla de Castilla, y para el cual contamos ya con cientos de miles de papeletas en nuestro archivo. Allí, recorriendo sus páginas, se aprenderá á escribir, como se aprende á pintar recorriendo las salas de los museos.

Nuestra tarea es hoy exclusivamente de depuración: no hacemos un Diccionario vulgar nuevo; corregimos el antiguo, agotado ya, y para restaurarlo con fortuna nos valemos de todo el que con buena voluntad, y competencia á la vez, se sirve comunicarnos el fruto de sus estudios. Noche hay en que un sólo vocablo ocupa toda nuestra sesión. Al definirlo, se ocurren apreciaciones diferentes sobre su fondo ó sobre su forma; y entonces el conocimiento de idiomas extranjeros en éste, la ciencia etimológica de aquél, la erudición clásica del uno, la pasmosa memoria del otro (perdónenme mis colegas que saque á la vergüenza sus méritos), establecen una luminosísima controversia, por término de la cual se limpia, fija y da explendor á las voces del Repertorio. Nuestro Diccionario no es perfecto, ni lo será nunca, porque la perfección equivaldría á la inmovilidad; pero así como es, ¿preferiríais la obra de uno sólo, por sabio que fuese, á la obra de tres docenas de hombres dedicados desde su juventud hasta su vejez al ejercicio de la palabra hablada ó de la palabra escrita?

Hago estas observaciones para llegar á deciros que en nuestra casa se necesitan dos clases de Académicos: los que han logrado captarse ante el público el honor de la fama con los brillantes destellos de la fantasía, y los que en círculo más reducido, aun cuando no menos lumi-

noso para las letras, consagraron sus horas de estudio á labores de investigación y enseñanzas de crítica. Para los primeros, la Academia es el Senado donde reciben el laurel permanente de la victoria; para los segundos, es el Pórtico desde donde muestran su sabiduría y la ponen al servicio de los demás.

A tal número pertenece nuestro nuevo compañero el Sr. D. Antonio María Fabié. Hombre de erudición vastísima y de laboriosidad incansable, no ha producido esas obras amenas que causan el embeleso de las gentes y difunden la gloria de su autor; pero en cambio les ha producido, y muchas, en el terreno filosófico, en el histórico y en el literario, cuya enumeración vais á permitirme, aun cuando os son conocidas.

Entre las obras filosóficas de Fabié figuran la *Exposición y comentarios de la Lógica de Hegel;* el *Examen crítico del materialismo moderno*, y un grupo de *Disertaciones jurídicas;* trabajos todos tres que bastan para asignarle preferente lugar en el, por desgracia, escaso número de los que en España se dedican á este linaje de empresas. Nada tengo que decir de la *Lógica de Hegel,* que no conste en su título; ni del *Examen del materialismo,* en que se refutan las doctrinas positivistas reinantes; pero sí quiero llamar vuestra atención sobre las *Disertaciones jurídicas*, que contienen una exposición histórica de las teorías del derecho, desde los filósofos griegos hasta nuestros días, haciéndose en ella especial mención de los escritos que nos legaron los grandes teólogos españoles Victoria, Soto y Las Casas, y terminando el libro con un tratado de los principios generales de la codificación civil de los pueblos modernos.

Entre las obras históricas tiénelas el Sr. Fabié de gran

curiosidad y de innegable estima. Resalta, en primer término, la llamada *Sucesos de Sevilla de 1592 á 1611.* Forman la base de este libro las efemérides que un tal Francisco Ariño iba anotando de las cosas ocurridas en su tiempo, y en ellas se da cuenta circunstanciada de sucesos tan notables como la toma de Cádiz por los ingleses, la muerte de Felipe II, las honras de este Rey que ocasionaron un famoso proceso, cuyo extracto se publica, y el célebre soneto de Cervantes que principia: —"Vive Dios que me espanta esta grandeza.„—Sigue á los *sucesos* la *Vida y escritos del Padre Fray Bartolomé de Las Casas,* en la cual se contienen las doctrinas del famoso *Procurador de las Indias*, á que sirven de tema para su clara exposición abundante copia de documentos inéditos. — Otra vida, la de *D. Rodrigo de Villandrando,* conde de Rivadeo, ha dado á luz el Sr. Fabié; libro en que se relatan las proezas de tan insigne capitán en el reino de Francia, y que, mezclándose en las luchas después entre D. Juan II y su hijo D. Enrique IV, obtuvo del primero el honor, no alcanzado por persona alguna, de sentarse á la mesa de los Reyes el día de la Epifanía y llevarse sus vestidos; privilegio de que aún goza la ilustre casa de los Duques de Hijar.— Tradujo, asimismo, del latín y del italiano, los viajes por España del Barón de Rosmithal, de Francisco Guicciardini y de Andrés Navagero, ilustrándolos con una extensa introducción, notas y apéndices que constituyen en conjunto una historia completa de la situación política y de las costumbres españolas bajo los reinados de Enrique IV, de los Reyes Católicos y del Emperador Cárlos V.—Finalmente, los *Diálogos de la vida del soldado*, escritos por Nuñez Alba, que publicó después,

proporcionáronle el modo de completar la crónica del tiempo con las costumbres militares que predominaban en la época del Emperador y Rey.

Respecto á obras puramente literarias, deben citarse los opúsculos *La perfección del triunfo militar* y la *Batalla que los lobos y los perros ovieron,* debidos á la pluma del célebre Alfonso de Palencia, que el Sr. Fabié encabezó con una completa biografía del insigne historiador y filólogo, é hizo seguir de un glosario de las palabras y frases más notables que se leen en tan curiosos escritos. Es además autor de un *Estudio filológico*, en que se exponen las doctrinas modernas sobre la ciencia del lenguaje, y las de los gramáticos españoles de la época del Renacimiento; estudio que precede á la edición que hizo de la obra de Garcés, *Elegancias y vigor de la lengua castellana,* y completó con nuevos ejemplos tomados de nuestros clásicos, y con numerosas notas eruditas de gran interés para la filología española.

Ya veis, señores, que nuestro nuevo compañero trae caudal bastante que añadir, al que recientemente nos han importado modestos profesores cuya elección fué controvertida, pero que en el seno de nuestro instituto prestan valiosa ayuda á las tareas que requieren cierto género de aptitudes ó cierta especialidad de estudios. El propio discurso que el Sr. Fabié nos ha leído, justifica su competencia literaria al ocuparse en la personalidad y obras del no bien llorado aún D. Tomás Rodríguez Rubí, cuya vacante ocupa. Ha querido el Sr. Fabié, haciendo el elogio de su predecesor, seguir la costumbre de algunas Academias, en que tal, y no otro, es el fundamento de los discursos de entrada; costumbre que, si aquí no

se sigue rigurosamente, es porque la Academia Española dedica recuerdo aparte á sus individuos difuntos; pero que en esta ocasión resulta tanto más útil cuanto que nos revela con sana crítica un período del teatro nacional, que abunda en interés y curiosas observaciones. El teatro de Rubí se ha ido, y á las épocas que se van es á las que conviene un repaso histórico, con presencia de los que las conocieron, para llevar después fehacientes informes á la historia definitiva. No sigo yo en este punto al Sr. Fabié, porque de su pluma han brotado los conceptos mejores sobre el asunto; pero permítaseme que, tomando nota de uno de los nombres propios que en la célebre reunión del Parnasillo cita, os hable del amigo de Rubí, del amigo de Fabié, del amigo de todos vosotros, y mío singularmente, que no perteneció á esta Academia por las condiciones de su carácter; que apenas va á dejar vestigios de su extraordinario talento; que hasta como poeta va á perecer si no se coleccionan pronto sus bellas obras; que murió infeliz y casi entre la indiferencia pública; del peregrino ingenio, en una palabra, que se llamó Eulogio Florentino Sanz.

¿Quién de vosotros no lo tiene en la memoria y quién de vosotros no lo admiró en vida? Aquí se habría hecho su panegírico si una malaventurada soberbia ¡perdónenme sus manes que la califique así! no le hubiera aconsejado obtener, sin pedirlo, lo que entonces era forzoso pedir para obtenerlo. Hoy nos honraríamos todos con firmar su propuesta, sin hacer caso de los aparentes desdenes que engendraba en su conducta, una loca ó más que poética fantasía. Para él era así: ¿queréis que os relate algo de su historia?

Huérfano, aún muy niño, y confiado á la tutela de un

pariente, duro de condición, seco de formas é infiel en el manejo de los negocios, puede decirse que Florentino se crió solo y escaso de recursos. Las relaciones con su tutor, á quien llamaba tío, se revelarán bien en este brevísimo diálogo:

—Señor sobrino—decíale un día el viejo,—malas lenguas aseguran que es usted un solemne bribón.

—Señor tío—contestóle el muchacho,—yo no se lo he oído á más lengua que la de usted.

Su primera hazaña en la vida pública fué la siguiente:

—En Valladolid, donde estudiaba, se echó una novia, hija de un vidriero, plomero y hojalatero de la Plaza Mayor. Las noches de invierno acudía Florentino con un banquillo bajo la capa, en el cual se subía para ponerse en comunicación con la joven por el tragaluz de la puerta, al que se asomaba ella subiéndose en el mostrador. Una noche notó Florentino que la muchacha estaba triste y casi llorosa: preguntóle la causa y no quiso responderle; instóle de nuevo y tampoco; hasta que imponiéndose con la energía de su carácter, supo que los negocios de la hojalatería andaban mal; que el padre, agobiado por la escasez, gastaba un malísimo humor; que la vida íntima era un semillero de disgustos, y, en fin, que aquella noche había ocurrido uno de los más crueles. Florentino se mostró impasible ante el relato, y se fué como de costumbre. Media hora después una turba de mozalbetes, á cuyo frente él iba, derribaban á pedradas todos los cristales de la Plaza Mayor, con la habilidad y estruendo que puede presumirse. Los vecinos se asomaron á los balcones, los serenos acudieron, la policía llegó, y la turba fué cercada, desarmada y presa, dando con sus huesos en la cárcel; pero esto no

pudo evitar que á la mañana siguiente los inquilinos de la Plaza tuvieran que acudir al vidriero, el cual vendió en un día todas sus existencias, y remedió con el trabajo parte de sus desdichas.

Así salió Florentino de Valladolid; veamos ahora cómo entró en la Corte.

Traía una carta de recomendación para cierto personaje de la antigua nobleza, y se apresuró á entregarla.

— Vengo — le dijo — á poner en manos de usted esta carta y á solicitar de usted su valioso influjo.....

— Perdón, caballerito — interrumpióle el estirado sujeto: — soy Grande de España de primera clase y tengo tratamiento de excelencia.

— Perdóneme vuecelencia, á mi vez, — añadió Florentino; — pero le advierto que yo soy villano de cuarta clase y tengo tratamiento de *tú*. Háble me, pues, como es debido.

Con un carácter de esta especie no es difícil adivinar los sinsabores que esperaban al novel poeta en Madrid. Porque Florentino venía cargado de versos, y de versos excelentes, que ya no existen sino en la memoria de los escasos amigos de su juventud que aún quedan. Era un Enrique Heine español, pero no de reflejo, porque Heine no gozaba celebridad todavía, sino de concepto y de numen, como hubo de demostrarlo al traducir muchos años después tan admirablemente los admirables poemas del ingenio alemán.

Durmió algunas noches sobre los bancos del Prado, como él se vanagloriaba de decirlo, pero no creo que por falta de cama, sino por haber tenido quizá alguna pelotera con sus patronas. Era soberbio de su valer, aunque humilde de lo que ignoraba, y prueba de ello sea que su

primer destino literario lo aceptó del gran periodista entonces D. Andrés Borrego, quien introdujo en su periódico *El Español* el cargo de corrector de estilo para todos los trabajos de sus redactores. Allí le acompañé yo muchas madrugadas ayudándole á poner en regular castellano lo que estaba muchas veces casi en francés, y á que se armonizasen las opiniones de los artículos de fondo con las gacetillas, cosa que no suele ocurrir en la mayor parte de los diarios. Pero bien pronto los párrafos que él introducía, los sonetos de oportunidad que publicaba, y algunas veces los artículos que sustituyó por otros que conceptuaba arriesgados ante la ley de imprenta, llamaron poderosamente la atención de director y redactores, los cuales le hicieron ascender desde las cajas del plomo hasta los tapetes de la idea, convirtiéndole en compañero y amigo de los Moreno López, de los García Tasara, de los Cayetano Cortés, de los Aribau, y de tantos otros ilustres periodistas de aquel tiempo.

Lo que sobre todo adquirió Florentino en su primera juventud fué la fama de excelente crítico literario. Su afición á la lectura, aun en la época en que rompía cristales, su conocimiento del idioma castellano y un buen gusto intuitivo sobre las obras de la fantasía ajena, convirtiéronle, antes de ser discípulo de sus propias creaciones, en maestro de las creaciones de los demás. Un *exequátur* de Florentino equivalía á la aprobación razonada de D. Juan Nicasio Gallego.

A este propósito vais á permitirme si no os molesta mi narración, un poco atrevida quizá para el sitio y ceremonia en que nos hallamos, vais á permitirme que os refiera la forma en que Florentino Sanz ejercía sus funciones de crítico.

Teníamos un compañero que no picaba de literato, pero que obtenía nuestra cariñosa amistad por sus bellísimas prendas. Este amigo lo era mucho de un personaje del tiempo, D. José de Zaragoza, el cual, á su vez, sostenía íntimas relaciones con el general Narvaez. Cuando el Duque de Valencia era llamado al poder, D. José de Zaragoza ocupaba altos puestos, habiendo sido dos ó tres veces Gobernador de Madrid; y en tales circunstancias nuestro compañero disfrutaba de rechazo los favores de la Administración pública. Pero caía Narvaez y con él Zaragoza, de cuyas resultas nuestro pobre camarada se veía á pie. En uno de estos interregnos, demasiado largo y por lo mismo angustioso, escribió una comedia, con la cual se fué á Florentino para decirle:

—Ya sabes, amigo Eulogio, que nunca he aspirado á los laureles de la gloria, y si hoy he compuesto esta comedia, es porque aspiro al pan de cada día. Léela con interés, y á poco que te guste, haz que me la representen en algún teatro.

Florentino aceptó la comisión con afectuosa benevolencia, y al otro día devolvióle la obra acompañada de estos renglones:

"Querido *Fulano:* He leído tu comedia con gran interés, y opino que deben hacer Gobernador de Madrid á D. José Zaragoza.„

En otra ocasión presentósele Miguel Agustín Príncipe á pedirle consejo sobre una poesía de cierta importancia. Príncipe, que era buen escritor en prosa, se mostraba algo menos fuerte en materia de versos, y como el asunto era delicado, quería oir el dictamen de un gran poeta. Tratábase de conmemorar el nacimiento de la señora Infanta Doña Isabel Francisca, y el vate suponia que la

Reina Doña María Cristina de Borbón se acercaba al lecho de S. M. Doña Isabel II, llena de perplejidades. Decía así la estrofa:

"La ilustre madre de la Reina, inquieta,
duda cuál de los dos placer elija,
si el indecible de abrazar la hija
ó el inefable de estrechar la nieta."

Florentino, interrumpiendo la lectura, añadió:

"Y por no armar un cisco,
fué y abrazó al Infante Don Francisco."

—¡Me has matado!—dijo Miguel Agustín Príncipe, y estuvo á punto de romper la oda.

Interminable se haría la relación de todas las ocurrencias de Florentino en sus funciones críticas; ocurrencias que si por una parte le acreditaban de docto, por otra le acarreaban fama de mordaz y cáustico con exceso. Pero él era así—repito—y no solo en lo tocante á la literatura, sino en las circunstancias comunes de la vida, obraba de igual manera. Hallándose de Encargado de Negocios en Berlín, asistía á un banquete de diplomáticos en que el Embajador de Austria, Conde de Esterhazy, se permitió hablar de los poetas con cierto impertinente desdén.

—¡Los poetas, los poetas!—decía:—¿para qué sirven los poetas?

—Los poetas, Sr. Conde—exclamó Florentino en alta voz y en el buen alemán que ya hablaba,—sirven para todo lo que sirven ustedes, y además para hacer versos, que ustedes no saben hacer.

Otro día le preguntaba el Embajador de Rusia, con algo de malicia:

—¿Cómo se visten las mujeres en España, Sr. Ministro?

—Las mujeres en España, Sr. Embajador, se visten de Emperatrices de Francia.

Acababa de casarse Napoleón III con Eugenia de Montijo.

Tal era nuestro amigo, señores. Leed su drama *Don Francisco de Quevedo,* y lo que decía Quevedo era lo que pensaba él. En aquella época que el Sr. Fabié nos ha descrito; cuando imperaba el género de Rubí, género que yo me atreveré á llamar *de Julián* y *Matilde;* duos coreados en que á las galas del poeta se unían el talento y la pericia de los actores, sale Florentino con una obra en que se enlazan las letras y la política, la historia y la tradición, en amenísimos cuadros que retratan la edad de oro de nuestra literatura y los días de decadencia para nuestro influjo peninsular; acción viva y chispeante de ingenio, sembrada de episodios magistralmente compuestos y donosamente parlados; obra, en fin, que se impone á la juventud para desviarla de un camino en que la manera de Rubí érale peligrosa, no disponiendo de la habilidad escénica y dotes singulares de Rubí.

Si Eulogio Florentino Sanz, en vez de contentarse con el *Quevedo,* dedica su potente númen á la literatura dramática, el teatro español habría tomado quizá (en unión de otro esclarecido ingenio, que por vivir no nombro y que también calló), habría tomado rumbo distinto del que siguió después, más en armonía con las tradiciones de nuestra gran escuela y menos ocasionado á la nota de extranjerismo; pero él se limitó á asomarse á todos los géneros para probar que no le era rebelde ninguno:

escribió la sátira, la poesía lírica, el idilio, la fábula, la copla; todo le fué familiar, excepto la constancia y el apego para el trabajo. Si á ello se une que nada guardó ni coleccionó nunca, tendríamos que borrarle de la historia literaria á no aparecer una mano amiga ó una Corporación como la nuestra que lo rehabilite y conserve. Dedícanse afanes sin cuento en rebuscar las obras de los antiguos; ¿no sería meritorio dedicar un poco de paciencia en la rebusca de los bellos escritos de un contemporáneo?

Nuestro nuevo compañero fué quien primeramente propuso que así se hiciese, sobre el cadáver mismo del desdichado poeta; el propio Rubí, que lo admiraba y amaba, se dolía siempre de tan cruel é injustificado abandono. Pues bien, señores: en nombre del colega que perdimos, cuya memoria no ha de desaparecer, ni aun ante las calidades de la digna persona que le sustituye; en nombre del Sr. Fabié, á quien podemos agasajar de este modo por su venida, y en mi nombre también, aunque el último y menos autorizado de todos, pido á la ACADEMIA ESPAÑOLA que proteja y ampare los escritos de Eulogio Florentino Sanz.

Y ahora que he pagado una deuda de gratitud al primer amigo que, teniendo él ya fama, me distinguió en Madrid con su cariñosa acogida, sólo me resta, interpretando vuestro secreto impulso, decir una vez más: —Bien venido sea al seno de nuestra casa el Sr. D. Antonio María Fabié.